

LA FE EN COMUNIDAD

Pbro. Manuel José Jiménez R.

La pascua es para la catequesis y la evangelización tiempo propicio para anunciar y profundizar en el sentido comunitario de la fe cristiana, o en el sentido mismo de la Iglesia como comunidad de creyentes en Cristo que celebran, anuncian, testimonian y construyen el mundo desde la fe en Cristo resucitado. Y lo es porque es el tiempo del libro de los hechos apóstoles, pues el tiempo en que este libro se proclama en la liturgia. Pues es un libro que no solo narra una serie de hechos extraordinarios llevados a cabo por los apóstoles, sino, y ante todo, porque nos habla de la primera comunidad cristiana, de la primera comunidad de creyentes. Si en la cuaresma pudimos acercarnos a la profundización del sentido de nuestro bautismo, en la pascua podemos ahondar en su sentido eclesial, comunitario y de presencia en el mundo.

Su meditación en este tiempo se hace más urgente en una época donde el sentido de la Iglesia se ha perdido en muchos, desfigurado en otros y negado y estigmatizado por otros. Ya es corriente afirmar que la tendencia actual frente a lo religioso consiste en "creer sin pertenecer". Lo que desemboca en una fuerte y marcada tendencia a vivir y practicar lo religioso, fuera de los marcos institucionales señalados por las iglesias o por las instituciones religiosas. Pero el problema no es simplemente de falta de pertenencia institucional, o de prácticas no reguladas o no controladas. Si bien esto es problemático, el problema es que la Iglesia, aunque siga siendo vista entre nosotros como una institución respetable y confiable, no es percibida ni sentida como comunidad. Y no solo por los así llamados que "están fuera". Sino por los mismos que dicen ser católicos, para quienes, y no son pocos, la Iglesia no deja de ser una institución que presta servicios religiosos, por lo que se sienten ajenos a ella, o viven de modo paralelo a ella.

A esto, que de por sí ya limita y debilita el sentido comunitario de la fe cristiana, se suma el modo de percibir la salvación de un modo individual y ultraterrenal. En la concepción de muchos, sigue primando una mirada particularista e individualista de la salvación en Cristo, percepción que incide en el modo de comprender la oración, los sacramentos, la eucaristía, la relación con Dios; en fin, toda la vida misma de la Iglesia. Con el agravante que esta forma de ver, de comprender y de hacer, es en mucho responsabilidad de la educación cristiana recibida e impartida. Ni siquiera las así llamadas "misas comunitarias", lo son. Todo se busca de modo particular e individual: mi misa, mi bautismo, mi matrimonio. Todo es señal de la falta de sentido de Iglesia como comunidad, y es más expresión del uso (y del pago y por lo mismo del desuso y de los abusos) de servicios religiosos.

Cuanto nos falta aprender de las primeras comunidades cristianas. Comunidades, que según los relatos de los hechos de los apóstoles, no es que fueran perfectas, pero sí comunidades. En el libro de los hechos de los apóstoles encontramos los elementos estructurantes de toda comunidad cristiana que se identifique y viva como tal: una misma fe, un mismo sentir, la enseñanza de los apóstoles, la oración en común, la

participación en la fracción del pan, la comunión de vida, la comunión de bienes. Sería bueno que en este tiempo de pascua, en las parroquias los grupos y las así llamadas comunidades de vida cristiana, comprendieran y ahondaran más en cada uno de estos elementos configuradores, pero sin reducir la vida de las comunidades cristianas a lo ritual o devocional, que ni siquiera se puede llamar sacramental. Pues es un hecho, que en la comunidad cristiana, comunión, misión y presencia transformadora del mundo van de la mano. Son como los tres mosqueteros: "todos para uno y uno para todos".

El vacío comunitario en nuestra Iglesia es inmenso. La pérdida del sentido comunitario entre los creyentes, es gravísimo. La falta de pertenencia aumenta cada vez más. El problema no se soluciona formando grupos, sino formando y educando el sentido comunitario, así como respetando el sentido y testimoniando el sentido comunitario en todo lo que hacemos. Como lo afirma el Directorio General para la Catequesis": el sentido comunitario de la fe cristiana no se improvisa, hay que educarlo. Quizás el problema proviene de una forma de comprender la misma relación entre bautismo e Iglesia. La segunda aparece como un añadido. Es como si se es cristiano y luego, una vez, se es, se le agregue a la Iglesia y se le vincule con ella, según sus disposiciones personales y según su tiempo. Como si el hecho de participar en la Iglesia se ejerciera a modo de un voluntariado, sin desmeritar para nada la acción del voluntariado. La relación del cristiano con la Iglesia está más allá de la generosidad o de la voluntad que alguien pone para colaborar con ella. Es algo constitutivo del ser cristiano. La comunidad no solamente es un lugar para asumir compromisos y tareas, en muchos casos esporádicas. Es el modo de ser cristiano. Se es cristiano porque se es Iglesia y se es Iglesia porque se es cristiano.

Aprovechemos pues el tiempo de pascua para redescubrir la comunidad cristiana como elemento estructurante de nuestra identidad. Apoyémonos en el texto de los hechos de los apóstoles, que son los hechos de la comunidad cristiana. Basemos nuestra pastoral y la educación en la fe en cosas serias y profundas. Ya dejémonos de jugar a hacer cristianos y de poner solamente a jugar a los que quieren ser cristianos. Nos hemos vuelto expertos en convivencias, pero vacíos en comunidad. O la fe se vive, se anuncia, se celebra y se testimonia en comunidad, o no puede llamarse a la participación en el culto y ciertas prácticas de devoción popular, fe cristiana, fe en Cristo. En Pascua, pero no sólo en ella, eduquemos al sentido comunitario de nuestra fe. Pero a una comunidad que es mucho más que una institución o un organismo de buena voluntad. A la comunidad "testimoniada" en el tiempo de los hechos de los apóstoles.